

—¡Jamás!—exclamó Aixa—. Jamás cumplirás tan bárbaras y humillantes condiciones. ¡Maldiga Alá el día en que te concebí en mi seno! ¡Cobarde! ¡Más digno eres de vestir las gasas femeniles que el traje de guerra!... ¡Y tú, Moraima, huye de este vil antes que te arrebaté a tu hijo... que de todo es capaz en su cobardía!... ¡Abandónale como yo, antes que vuelva a ocupar un trono que ha deshonrado! ¡Se lo daré de nuevo a su padre... al ingrato esposo que me repudió!

La terrible Aixa salió de la estancia dichas estas palabras; Moraima siguió abrazando a su hijo, y Boabdil, abrumado de dolor, anonadado con el anatema maternal, cayó de rodillas ocultando su rostro pálido y descompuesto en la pila de almohadones que había servido de asiento a su esposa.

L

La ira de Aixa, al saber las bases del tratado que su hijo había firmado con Fernando é Isabel, fué sólo un vago prelude de la indignación del pueblo sarraceno; desde la primera vez que Boabdil se mostró en público, fué acogido con las muestras del más profundo desprecio; negocióse secretamente el llamar de nuevo a su padre, y el joven rey supo que éste iba a volver para recobrar el trono que, con la ayuda de su madre, le había usurpado.

A estas infaustas nuevas se unió la noticia de haber huído Moraima a Almería, llevándose a sus hijos; Boabdil dudaba ya de todo, menos del amor de su esposa; hasta entonces, él había sido el objeto de la perpetua adoración de la joven mora, que antes que hija y que madre, se había mostrado siempre amante ciega de Boabdil; al verse abandonado por ella, fué cuando verdadera e irremisiblemente se creyó perdido.

Poco le importaba el esplendor de un trono, que no había ambicionado y que estaba pronto a dejar;

lo que anhelaba, más que nada en el mundo, era la presencia, la compañía de su mujer. Moraima era la primera necesidad de su vida; y la constante, fiel y pura pasión que Boabdil dedicó siempre a su compañera, prueba que aquel hombre desgraciado hubiera sido el modelo de todas las virtudes domésticas, si hubiera nacido bajo la santa bandera de la fé cristiana.

Inclinado más a las dulces afecciones del hogar que a las duras fatigas de la guerra, Boabdil no podía ser jamás ni un conquistador, ni un buen monarca; pero víctima de su jerarquía y de su triste destino, le veremos luchar y caer vencido, como el águila enclavada por las alas en una peña azotada por las olas del mar.

Boabdil moraba en la Alhambra, pero no hallaba en ella reposo ni sosiego; no dormía, ni podía tomar alimento alguno; la fatídica figura de su madre, siempre amenazadora y vengativa, le perseguía sin cesar. Aixa quería ante todo el poder supremo, y repudiada por su esposo había hecho rey a su hijo; entonces, engañada por aquel hijo en sus esperanzas de mando y de dominio, aguardaba de nuevo a Muley Hassem para que ocupase su trono.

Una noche, Boabdil dejó el lecho donde en vano buscaba algún descanso; despidió a dos de los servidores que tenía en su estancia, y mandó al que quedó que fuese a ensillarle un caballo.

Vistióse después apresurado, salió de la estan-

cia, bajó la escalera, y montó con tal aire de contento, que el eunuco que le tenía la brida le miró lleno de asombro.

No era por cierto la alegría la expresión que estaban acostumbrados a ver en el semblante de Boabdil los que se hallaban al derredor suyo; así es que la nueva circuló rápidamente por palacio, y cada uno se preguntaba qué fausto acontecimiento podía haber tenido lugar.

Aixa dió la respuesta; al saber que su hijo había dejado la Alhambra y había salido durante la noche, exclamó:

—No le busquéis; el cobarde ha ido a reunirse con Moraima, y a emprender de nuevo su vida de molicie y de inacción.

En efecto; Boabdil, cansado de sufrir y sintiéndose aborrecido de su pueblo, voló al lado del ser a quien amaba y de quien era verdaderamente amado.

Pasaron algunos meses, y se abrió la campaña de 1483, en la que los reyes de Castilla ganaron muchas plazas fuertes, pues la huída de Boabdil había desalentado a los moros, y la falta de cumplimiento del contrato por el cual había obtenido aquél su libertad, autorizaba a los reyes a tomar cuantos partidos fuesen de su agrado.

La campaña del año siguiente fué aún más dichosa; las poblaciones se rendían a su paso, y en la de 1485 conquistaron cuarenta pueblos seguidos, que se entregaron sin condición alguna.

En tanto que D. Fernando, a la cabeza de un fuerte y numeroso ejército, daba salida al ardor belicoso, que era uno de los rasgos de su carácter, su esposa no contribuía menos que él a la gloriosa conquista que iban llevando a cabo; la misma reina Doña Isabel, estacionada en algún pueblo, enviaba al ejército víveres y caudales y dictaba acertadas providencias.

Para descansar algún tanto de tan prolongadas fatigas, los reyes de Castilla fueron a invernar a Alcalá de Henares, y el 15 de Diciembre dió a luz la reina en aquella ciudad a la infanta Catalina, último fruto de su unión y esposa desgraciada de Enrique VIII, rey de Inglaterra. Esta princesa es la que, con el nombre de *Catalina de Aragón*, figura ya en la primera serie de nuestra obra titulada REINAS MÁRTIRES.

Para ganar el afecto de los pueblos conquistados, Doña Isabel recibió a sus habitantes en el número de sus vasallos, sin más condición que un juramento de fidelidad, y les permitió que conservasen su religión y costumbres, dejándoles también, si lo preferían, la libertad de volverse al Africa.

¿Para qué fatigar la atención de mis lectores con interminables relaciones de batallas y conquistas? El año 1486 no fué menos fecundo en buenos resultados para las armas castellanas que los cinco precedentes; la victoria las seguía por do quiera; el rey de Granada Boabdil, cansado al

cabo de su vida de inercia y de ocio, salió de Almería, y ciego por la ambición y por las instigaciones de su terrible madre, volvió a hacer armas contra su padre, que ocupaba el trono de donde había sido arrojado por el desprecio de los suyos, en vista de las concesiones hechas a los reyes de Castilla.

Granada fué teatro de nuevas y más sangrientas luchas: combatían el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, y el hermano de Muley Hassen, *el Zagal*, vino a terminar las diferencias, disputando también el trono al padre y al hijo.

El cielo, indignado sin duda de aquella lucha horrible, quitó de repente la salud a Muley, que enfermó de gravedad, y perdió la vista; *el Zagal* entonces entró en palacio, arrojó de él a su hermano, le envió de nuevo al castillo de Salobreña, y allí le hizo perecer, casi en la miseria, arrebatándole todos sus tesoros y alhajas.

Todo el reino se declaró en favor del *Zagal*; Boabdil se vió obligado a ocultarse, pues su tío le había condenado a muerte; lejos de su esposa y de sus hijos, perseguido por los anatemas de su ambiciosa madre, que no le reconocía desgraciado, sino culpable; destituido de sus parciales, de sus amigos y de toda clase de recursos, el desventurado príncipe fué de nuevo a ponerse a disposición de Doña Isabel y de D. Fernando.

Solo y cabizbajo, caminaba hacia el campamento cristiano, refrenando cuidadosamente el paso

de su fogoso alazán, único amigo que en su desgracia le quedaba; era de noche y la luna caía sobre la macilenta faz del príncipe moro, alumbrando su negro alquicel, pues huyendo y próximo a caer cautivo, se había despojado del blanco, signo de su estirpe real.

El infeliz Boabdil retardaba todo lo posible su llegada al campamento de los castellanos; la vergüenza, el dolor, el despecho, embargaban su ánimo; de cuando en cuando alzaba al cielo los ojos y parecía demandarle la suerte que le estaba reservada, bajándolos después a la tierra con marcadas muestras de desesperación.

Sacóle de sus dolorosas meditaciones el galope de algunos caballos, y antes de que pudiera comprender lo que sucedía, se vió rodeado de moros que le cerraron el paso.

—Vuelve—le dijo el visir, que los mandaba—, vuelve a Granada; todo antes que el vergonzoso paso que vas a dar; *el Zagal* y tú váis a dividiros el mando del reino, y a prestaros mutuamente fuerzas contra el enemigo común; contra ese rey que invade ya nuestros hogares, y a quien tú, débil y cobarde, ibas a entregarte de nuevo.

Boabdil, obligado por los caballeros moros, volvió grupas, y, escoltado por ellos, tomó el camino de la ciudad.

De su rostro desapareció una parte de las negras sombras que le cubrían, y si bien quedó en su alma el dolor, huyó de ella la desesperación.

LI

Dividióse, en efecto, entre tío y sobrino el dominio del ya despedazado y débil reino de Granada, pues la conquista de Doña Isabel y D. Fernando había tomado para la corona de Castilla una gran parte de él.

Se convino también en que el monarca que sobreviviese al otro, heredaría el reino entero.

D. Fernando tuvo noticia de este tratado secreto, y sin perder tiempo sitió a Loja; todo lo esperaba de la recíproca ambición y de las desavenencias de tío y sobrino; además, en el ejército de Castilla acababa de aparecer una estrella deslumbrante, un prodigio de valor, un héroe, en una palabra: Gonzalo Fernández de Córdova, llamado con sobrada razón *el Gran Capitán*; era el rayo destructor de la morisma y el que adelantaba en el combate a todos los guerreros, debiéndose a él casi exclusivamente la rendición de las plazas más fuertes del reino de Granada.

Dicen de Gonzalo los más ilustres historiadores, que así como los demás guerreros se ponían para

el día de una batalla sus trajes más deteriorados, Gonzalo vestía sus más ricas galas, ostentaba un casco de oro coronado de vistosas plumas y se adornaba de púrpura, para llamar de este modo la atención del enemigo, ante el cual, fuese cual fuese su número y fuerza, jamás retrocedió.

Llamábasele en el ejército *el príncipe de la juventud*, dictado que ya se le había concedido cuando, enviado por su ilustre madre Doña Elvira Enriquez y por su hermano mayor D. Alonso Fernández de Aguilar, se presentó siendo aún muy joven en la corte de Doña Isabel y D. Fernando, llevando consigo un lujo asiático y una numerosa servidumbre.

El capitán Gonzalo había nacido en Montilla, pueblo inmediato a Córdoba; y a la muerte de su padre, opulento y digno caballero, que pasó a mejor vida cuando aún contaba pocos años, quedó bajo la amorosa tutela de su madre y de su hermano primogénito, que le adoraban y que fueron los primeros en reconocer las sublimes prendas de su carácter, su talento, la grandeza de su corazón y su heroico valor, y le enviaron a la corte con un esplendor de que ni antes ni después ha habido otro ejemplo.

No he querido tocar a esta colosal figura del reinado de Doña Isabel I hasta el instante en que, al conquistar a Loja, llegó a uno de los escalones más altos de su pedestal, aunque acaso debiera haberla mencionado antes por una circunstancia

muy grave: las memorias y crónicas de aquella época hablan de la afición, del amor apasionado que la reina de Castilla dedicó al insigne guerrero, al héroe del siglo; verdad es que todos los escritos lo consignan con especial mesura y particular reserva; pero yo, atendidas las circunstancias de ambos, circunstancias verdaderamente extraordinarias, no dudo que existiese en aquellos dos grandes corazones un recíproco amor.

¿Quién puede negar la corriente eléctrica que se establece entre dos naturalezas privilegiadas? ¿Y quién puede dudar que las almas de Isabel y Gonzalo debían sonar, al herirlas la brisa del sentimiento, como dos cuerdas montadas al unísono?

No obstante, la misma grandeza de la heroína y del héroe alejan la idea de toda culpa, de toda impureza, de toda liviandad; si se amaron (y en esto no cabe la menor duda), debió ser con un amor digno como ellos, puro como el sol y casto como el de los ángeles.

Una misteriosa y completa simpatía del alma; un alto aprecio recíproco; una profunda estimación de las prendas que una y otro atesoraban, esta era la cadena que unía a Isabel y a Gonzalo; a ser libres los dos, y habiendo nacido la princesa a algunos pasos del solio, se hubieran unido y amado, con una de esas pasiones hondas y eternas de que la tierra ofrece muy contados ejemplos; pero Doña Isabel, casada, y Gonzalo enlazado desde muy temprano con la bella y noble señora

doña María Manrique, no debió haber para ellos más leyes que las del decoro y del honor.

El Zagal, esperando que la muerte o la cautividad de su sobrino Boabdil le haría dueño absoluto del reino de Granada, persuadió a aquél de que debía ir a defender a Loja y no le auxilió con socorro alguno; en efecto, Boabdil cayó herido, y la ciudad se tomó el día 28 de Mayo; Gonzalo de Córdoba, a la cabeza de algunos valientes, fué el que arrimó la primera escala y el que fijó en la muralla el pendón castellano; Boabdil fué recogido y llevado al campamento de los reyes de Castilla, que le hicieron conducir a la ciudad, que ya era suya, y cuidar con el mayor esmero.

La convalecencia del joven rey fué corta; Doña Isabel y D. Fernando, viendo ya agonizar aquella monarquía, no quisieron abusar de la fuerza y dejaron por segunda vez la libertad a Boabdil, que la aprovechó para volverse como un tigre contra su bárbaro tío.

En tanto que los dos reyes moros debilitaban sus fuerzas en la guerra civil, la más asoladora de todas las guerras, los reyes de Castilla iban ganando terreno a pasos agigantados; conquistaron a Illora, villa fuerte y llamada por su posición *ojo derecho de Granada*, y Moelin se rindió igualmente al valor de Gonzalo de Córdoba y de Fernando de Castilla.

Logradas estas victorias, Doña Isabel quiso ir a Córdoba para celebrarlas; y despues de magnificas

procesiones y funciones religiosas, y de repartir los premios y dignidades a que su valeroso ejército se había hecho acreedor, marchó a Loja para visitar la ciudad ganada, y se reunió a las tropas con sus hijos y sus damas, llegando en brillante cabalgata y siendo recibidos todos con gritos y aclamaciones de entusiasmo.

D. Fernando quería continuar la conquista; pero su prudente esposa contuvo su ardor guerrero, y le persuadió de que debían pasar el invierno sin acometer nuevas empresas, añadiendo que tenía hecho voto de ir a Santiago de Galicia, adonde fué, en efecto, y fundó el gran hospital para recibir peregrinos, tan célebre en toda la cristiandad.

Llegó por fin la primavera de 1487, y los reyes se resolvieron a continuar la conquista del reino de Granada; Boabdil, firmemente decidido a reinar solo o a morir, se puso a la cabeza de algunos aventureros y sorprendió uno de los cuarteles de la ciudad; su juventud, su desgracia y sus promesas, reunieron en torno suyo los restos de la nobleza mora. D. Fernando, aconsejado por su esposa, persistió en su plan de que se debilitasen por sí mismas las fuerzas de los infieles, y envió socorros a Boabdil, al mismo tiempo que puso cerco a Vélez-Málaga, que se rindió el 27 de Abril, y a ejemplo suyo, otras muchas villas y fortalezas.

La angustia del *Zagal* llegó a su colmo; acometido ya en sus últimas plazas, dirigió un mensaje

a su sobrino proponiéndole que le cediera el trono y que combatiera bajo sus órdenes; pero Boabdil le respondió *que prefería perder su reino a debérselo a él.*

Los reyes cristianos marcharon sobre Málaga, la ciudad más importante después de Granada, de las pocas que aún quedaban a los moros; entonces el joven rey ofreció a D. Fernando abandonar sus posesiones cuando hubiera ganado todas las que conservaba aún *el Zagal*; la contestación a este mensaje, fue la noticia de la rendición de Málaga.

Después de esta campaña, Doña Isabel y D. Fernando fueron a visitar Zaragoza, Valencia y Murcia, para corregir algunos desafueros y hacer respetar sus decretos; en 1488 ganaron las ciudades de Vera, Huéscar y otras varias, y fueron a invernar a Valladolid.

Grandes preparativos se hicieron entonces necesarios para emprender el sitio de Baza, plaza fuerte y defendida por diez mil hombres; la reina, con sus hijos, marchó a Jaén; pero la ciudad sitiada opuso tal resistencia, que D. Fernando consultó a su esposa, manifestándole que, por su parte, estaba decidido a levantar el cerco. Doña Isabel se opuso terminantemente a esta resolución, y para reanimar el valor de los sitiadores, les envió víveres, ropas y dinero; los moros redoblaron asimismo sus esfuerzos, porque sabían que perdiendo a Baza, era ya imposible resistir al vencedor.

El sitio se prolongaba; el invierno se iba acercando y dejaba ya sentir sus primeros rigores; imposible es explicar la heroica conducta de Doña Isabel en aquellas azarosas circunstancias; dejó a Jaén y se reunió al ejército, cuidando de todo y atendiendo a todo; estableció para los enfermos y heridos hospitales provisionales; abasteció al ejército y a los pueblos que iban conquistando de víveres y ropas, para cuyo fin tenía a sueldo catorce mil acémilas; reparó muchos puentes y caminos, contrayendo crecidas deudas, y no bastándole todo el dinero que podía hallar, envió, para que fuesen empeñadas, sus joyas a Valencia y Barcelona.

El valor de D. Fernando desmayaba, el de Doña Isabel superaba todos los obstáculos; pero nada bastaba ya a sostener aquel tremendo asedio; los hielos, las lluvias, las fatigas y las enfermedades diezaban a los castellanos, y los más valerosos caudillos pedían a voces que se levantase el sitio.

Una tarde se alzó tan desesperado clamoreo en el campo, que el rey se trasladó a la tienda de su esposa y le dijo con firmeza:

Preciso es acabar, Isabel; esta situación no puede prolongarse una hora más; somos los verdugos de los nuestros, y tenemos que responder al cielo de muchas vidas; cedamos; os lo pido en nombre de nuestros fieles servidores.

—¡Esperad!—repuso la reina—, tentaré el último esfuerzo; si no alcanzo nada, mandaréis retirar

el ejército; que traigan uno de mis caballos ensillado.

Subió Doña Isabel sobre un alazán, y, seguida de su marido y de unos cuantos caballeros, recorrió el campamento.

—Aquí me tenéis—dijo a los soldados—, ya no me separaré de vosotros si queréis proseguir peleando; si, por el contrario, exigís absolutamente que se levante el sitio, hoy se cumplirán vuestros deseos; no se pueden ganar victorias contra la voluntad de los soldados; yo no tengo ya derecho a exigir más de vuestro valor.

Ruidosas aclamaciones protestaron, a la vista de la reina, del valor del ejército; el entusiasmo se reanimó, como si una chispa eléctrica se hubiera encendido en todos los corazones, y se dió a Doña Isabel el nombre de *Madre de los Reales*, lisonjero título que conservó durante todo el resto de la campaña.

En fin, *el Zagal*, indignado con lo que llamaba falta de patriotismo de su sobrino, entregó la plaza el día 4 de Diciembre, entregándose también, acto continuo, Almería y Guadix, en cuyas ciudades entraron victoriosos los monarcas castellanos, que pasaron en Sevilla el resto del invierno.

Por lo que toca *al Zagal*, fué recibido afectuosamente por D. Fernando, que le señaló una ciudad y varias plazas vecinas, con tres mil vasallos, y una renta de seis millones de maravedises; este príncipe turbulento, ambicioso y traidor, comba-

tió algún tiempo a su mismo sobrino bajo las banderas castellanas; pero después prefirió retirarse al África, y recibió en metálico diez mil ducados como capital de aquella renta.

No obstante, sus esperanzas de tranquilidad y de descanso quedaron fallidas; el que había sido verdugo de su hermano, traidor a su sobrino y a su patria, debía recibir el justo castigo: a su llegada a África el rey de Fez le mandó sacar los ojos y le encerró en Vélez de Gomera como motor de las guerras civiles de Granada y autor de la ruina del poder sarraceno en España.

No era más afortunado que su tío el joven monarca Boabdil; el aborrecimiento que le dedicaban sus vasallos había llegado a lo sumo; los moros, extremados en todo, le profesaban un odio profundo y le acusaban de todo lo sucedido a *el Zagal*, cuyo valor y arrojo habían estimado; sitiado el rey en su palacio, sólo veía rostros enemigos, sólo oía imprecaciones contra su persona y voces que le hacían responsable de las desgracias de su tío; como si estos tormentos no bastasen, los reyes de Castilla le intimaron la entrega de Granada, según les había ofrecido hacerlo cuando *el Zagal* perdiese todas sus plazas en España; pero el desventurado príncipe, sin negarse a su promesa, dió evasivas respuestas con el único fin de ganar tiempo.

Hallábase solo Boabdil, o más bien se hallaba peor que solo, pues su terrible madre no se separaba de su lado ni le dejaba un instante de reposo.

Moraima no había querido volver de Almería, donde se hallaba con sus hijos; D. Fernando y

Doña Isabel reiteraron sus intimaciones, ofreciendo a Boabdil considerables ventajas, sin otro objeto que el de evitar el derramamiento de sangre; pero los moros, al ver flaquear la voluntad de su rey, abrumado de penas y contrariedades, ofrecieron pagar el tributo de sus predecesores, y, caso de no conformarse los reyes de Castilla a otorgar la paz, convinieron en reunirse y combatir con Boabdil.

Este era el postrer esfuerzo de la poco antes rica y floreciente nación mora.

Este era su grito de agonía.

¡Desgraciado pueblo, queapuró todos los dolores, todas las humillaciones antes de ser arrojado de España!

A la cabeza de treinta mil hombres salió el rey moro de Granada, buscando por última vez a la fortuna que tan adversa se le mostraba; ésta, como para engañarle, le dejó ganar algunos puentes y consiguió también sublevar a los habitantes de las Alpujarras contra los cristianos; los moros de las plazas conquistadas se unían asimismo a Boabdil; pero llegaron D. Fernando y Doña Isabel con su ejército, y con ellos la victoria; las débiles fuerzas de los moros fueron deshechas; los que quedaron con vida se sometieron al vencedor, a quien nada podían ya resistir, y el triste Boabdil se volvió a Granada.

D. Fernando dió la orden terminante de talar y asolar todos los campos cercanos a la capital, y el

fuego arrasó bien pronto los ricos viñedos, los bosques de árboles frutales, los aromados huertos que ceñían a Granada de incomparables galas.

Así terminó la campaña de 1490, después de la cual se retiraron los reyes a Córdoba para celebrar, con grandes fiestas los envidiables y repetidos triunfos que dieron digno coronamiento a su larga y laboriosa conquista.

Armóse caballero el príncipe D. Juan apenas llegaron a dicha ciudad; sólo contaba doce años aquel niño que era el ídolo de sus padres, y particularmente de Doña Isabel, que le amaba con una ciega pasión; verdad es que lo merecía, tanto por las nobles prendas de su carácter, cuanto por su belleza, que era la más sobresaliente entre todos los hijos de los reyes de Castilla.

Al mismo tiempo la infatigable reina contrató el enlace de su hija mayor Isabel con el infante D. Alfonso de Portugal; la infanta de Castilla tenía ya veinte años, y sus padres, que llevaban muchos ocupados en la conquista, y que retardaban todo lo posible el separarse de su hija, no habían pensado hasta entonces en sus bodas; pero aprovecharon aquella tregua para dejar asegurado su porvenir.

A pesar de estas ocupaciones, los monarcas castellanos no cesaban en sus preparativos para dar cima a su colosal empresa con la conquista de Granada; el Soldán, de Egipto, temeroso de la ruina total del poder musulmán en España, envió

a los reyes a dos religiosos de Jerusalén con orden de manifestar a Doña Isabel y a D. Fernando que, si no renunciaban al proyecto de apoderarse de Granada, trataría a los cristianos que se hallaban en sus dominios como a enemigos de su religión y de sus Estados.

—¡Oh Dios!—exclamó D. Fernando así que hubieron salido los religiosos—; ¿qué será de esos desventurados? Tiemblo por ellos, y, en cuanto a mí, renunciaría de buena gana a la posesión de esa ciudad maldita que tanta sangre ha costado ya.

—Dejadme pensar hasta mañana—dijo la reina—; no es asunto que se pueda decidir en el momento.

—¿Da lugar acaso a la vacilación la muerte de tantos desdichados?—observó el rey—; ¿sabéis cuántos cristianos residen en Egipto?

—Ya sé que son muchos.

—¿Y vaciláis en salvarlos?

—¿Y creéis acaso—repuso la reina con aquella firmeza que era el contrapeso de la dulzura de su carácter—, pensáis que nos ha servido de algo todo lo que hemos hecho no conquistando a Granada? ¿Pensáis que yo abandono mis proyectos una vez bien meditados? No, amigo mío; lamento como vos la suerte de aquellos desgraciados; pero antes de abandonar lo que ya se ha comprado a costa de tanta sangre, es preciso reflexionarlo mucho.

El rey se retiró sombrío y preocupado.

Al día siguiente hizo la reina llamar a los dos religiosos, y les dijo:

—Padres míos, haced entender al Soldán que, si incomoda a los cristianos, olvidaremos aquí toda moderación con los moros.

—¡Oh, señora! exclamaron los monges; ¡piedad para aquellos infelices!

—Alzad, dijo con majestad Isabel; ni vuestras súplicas, ni vuestras reflexiones han de variar mi propósito; o yo pereceré, o la enseña de la cruz ondeará dentro de pocos meses en las torres de Granada. Repetid al Soldán lo que os he dicho, y añadid, que si llega a mis oídos que ha cometido la más leve tropelía con el más ínfimo de mis vasallos, condenaré a todos los mahometanos, o a perder la vida, o a una perpetua esclavitud.

El mensaje de Isabel produjo tal efecto, que las amenazas del Soldán no tuvieron ningún resultado.

El papa dió entonces a los monarcas de Castilla el título de *Reyes Católicos*, en recompensa de su gloriosa conquista y de las innumerables fatigas que en ella arrostraron.

En tanto que se hacían los últimos preparativos para la campaña de 1491, la reina recorría algunas poblaciones repartiendo dinero, visitando a los enfermos, y abriendo las cárceles; uno de los cuadros donde está representada con más verdad y poesía la heroína de Castilla, es el lienzo llamado *Isabel la Católica dando la libertad a los cautivos de Málaga*;

este lienzo, que ha figurado en un lugar muy ventajoso en una de nuestras últimas exposiciones, representa a la reina de Castilla abriendo las prisiones y repartiendo monedas a los infelices cristianos que parecían entre hierros; detrás de ella su hija la bella infanta Isabel, consueta y da ropas a los ancianos, tomando parte, con su augusta madre, en la grandiosa obra de misericordia *redimir al cautivo*; el pintor ha llegado a comprender perfectamente el asunto, y no puede imaginarse nada más conmovedor y verdadero que el aspecto de los desgraciados que se arrodillan ante su soberana, para darle gracias y besar sus pies.

Llegó en fin la última y colosal campaña de 1491. El rey, cuyo valor y talento militares constituían sus más brillantes dotes, dejó treinta mil hombres de repuesto en la frontera, para contener una invasión francesa que se temía, y partió a la cabeza de cuarenta mil infantes y diez mil jinetes, que, en su mayor parte, pertenecían a la nobleza: con él iba el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que mandaba uno de los tercios.

En aquella ocasión dió la reina Católica la prueba más convincente de que amaba más a sus pueblos que a su marido; segura de que Granada caería en poder de los cristianos, y temiendo que si D. Fernando dictaba los artículos de la capitulación la plaza quedaría sometida más bien a Aragón que a Castilla, quiso absolutamente ir en persona a la guerra, y acampó con el ejército al frente de Granada.

El rey, dotado de más perspicacia que generosidad, conoció la intención de su esposa; y, como todos los hombres, miró como una injuria que se hubiese penetrado sus aviesas miras, y como un ultraje que se opusiesen a ellas; generalmente, el sexo fuerte detesta a medida de la importancia de la injuria que ha querido hacer, y considera una derrota el no haber podido inferirla; por esta razón, D. Fernando que amaba a su esposa, mucho más que su esposa a él, jamás pudo perdonar a ésta aquella medida importante contra su ambición, y tal vez fué este resentimiento lo que ocasionó la poca fidelidad que guardó a la memoria de aquella reina incomparable.

Una ciudad que contaba más de doscientos mil habitantes, que estaba defendida por fuertes muros, gran número de torres y dos baluartes, no se podía tomar más que por hambre; la reina aconsejó que el sitio fuese desde luego bloqueo, y siguióse este dictamen. D. Fernando se apoderó de los desfiladeros de las Alpujarras, por cuyos puntos llegaban a Granada los víveres y las municiones, y se dedicó a ir diezmando a los sitiados en las frecuentes salidas que hacían.

La pendiente, cada vez más rápida, de nuestra narración, nos ha obligado a desatender uno de los acontecimientos más venturosos de la vida particular de la reina Católica, como fué el enlace de su hija Isabel con el infante de Portugal; los desposorios se verificaron en Sevilla el 18 de Abril de 1490 con extraordinaria pompa; el rey mismo, dice el padre Flórez, mantuvo por sí una justa y quebró muchas lanzas; el teatro fué entre las Atarazanas y el río, y asistieron la reina, sus hijas y sus damas, luciendo riquísimas galas; de día iban

a las justas, y volvían por la noche al alcázar alumbradas por la luz de mil antorchas, rodeadas de los caballeros más ricos y apuestos de las cortes de Castilla y León, ostentando todos sus más costosos trajes y jaeces; la dama que menos acompañamiento llevaba, iba precedida de ocho o diez antorchas y rodeada de pajes cargados de oro y preseas; a todo este contento animaba, con su afabilidad y gracia maternas, la reina Isabel, que era la primera en demostrar la mayor alegría.

Terminadas las fiestas, tuvo el inmenso dolor de ver partir a su adorada hija con los embajadores de Portugal, que la condujeron a Estremoz, donde esperaba el regio desposado y donde se celebraron las bodas; los festejos del reino vecino, todos dispuestos por el rey, padre del novio, que era Don Juan II, fueron tales, que, según se asegura, no se han conocido otros semejantes.

La princesa española era tan linda y amable, que no tardó en hacerse adorar de todos; pero apenas habían pasado ocho meses, cuando su esposo el infante dió una caída mortal de un caballo, que le quitó la vida a las pocas horas.

Isabel, viuda ya, entregada al desconsuelo más profundo, acudió al llamamiento de su buena madre y volvió a Castilla, y luego a Andalucía, cuya conquista tocaba ya a su fin.

En vano Boabdil hizo esfuerzos supremos para atraer a D. Fernando a una batalla decisiva; el rey, siempre contenido en su ardor guerrero por

los consejos de su esposa, no se apartaba de su plan, y el hambre, no menos que las continuas derrotas en las escaramuzas que los moros hacían, iban dando cada vez mayores esperanzas de un triunfo completo y seguro.

Hallábase Doña Isabel aposentada en la tienda del duque de Cádiz, que era la más cómoda y brillante, y el rey ocupaba otra cercana, al parecer, en la quietud más completa; sólo Doña Isabel velaba, y de rodillas ante el crucifijo, oraba por el triunfo de sus armas; de repente, oyó un crujido a su espalda, volvióse y vió que una parte de la tienda ardía; una de sus damas, que ocupaba el departamento inmediato, había dejado caer una antorcha y el fuego había prendido en la tienda de la reina, que, espantada de lo que podía suceder, corrió a la puerta y halló el campamento entero conmovido. El fuego se extendió como el rayo, y en un instante ardieron todas las tiendas; creyóse al pronto que era una sorpresa del enemigo; los soldados corrieron a las armas, y tales fueron la confusión y el conflicto, que si hubieran querido aprovecharse de ella los moros, aún pudo haber sido suya la victoria.

Sin embargo, al presentarse Fernando e Isabel, la calma sucedió a la agitación, y los moros tomaron el incendio por las luminarias con que los cristianos celebraban de antemano la conquista de Granada; la reina salvó por su propia mano el cajón de los papeles reales.

Lució, por fin, la aurora, y apenas se pasaron las primeras horas del nuevo día, cuando Doña Isabel hizo llamar a multitud de obreros para que levantasen casas en vez de tiendas, dando así a conocer su firme e inquebrantable voluntad de llegar a ser soberana de Granada.

Entonces quedó fundada la ciudad que hoy existe con el nombre de Santa Fe; para esta obra inmensa, terminada en poco más de dos meses, concurren con trabajadores y recursos las ciudades de Andalucía; la reina erigió allí una iglesia colegial, con abad y canónigos, y la puso bajo la advocación de Santa María.

De resultas del incendio de que se ha hecho mérito, Doña Isabel quedó únicamente con la ropa que llevaba puesta; y entonces Gonzalo de Córdoba dió una nueva muestra de su magnificencia y de la esplendidez con que hacía todas las cosas; mandó sin perder tiempo a Illora a algunos de sus servidores en busca de la recámara de doña María Manrique, su esposa, y fué tal la riqueza de los trajes y de los muebles que puso a disposición de la reina, que ésta dijo sonriendo al Gran Capitán:

—Veo, amigo mío, que donde ha prendido el fuego no ha sido en mi campamento, sino en los cofres de Illora.

—Señora—respondió el Gran Capitán con respetuosa galantería, mi esposa y yo creemos que todo es poco para ser ofrecido a V. A.

LIV

Ocho meses duraba ya el bloqueo de Granada, y, tanto los sitiadores como los sitiados, habían dado pruebas del más heroico valor; pero al fin los desgraciados moros, viéndose amenazados de perecer con todos los horrores del hambre, ofrecieron rendirse el día 25 de Noviembre, en que, agotado el sufrimiento, vieron que ya era inútil toda resistencia; las capitulaciones quedaron firmadas el 30 de Diciembre, y se convino en que la ciudad abriría sus puertas al ejército cristiano el día 2 de Enero de 1492.

Isabel, en aquella ocasión como en otras varias, se opuso abiertamente a la blandura de su esposo con los vencidos, e irritada con la prolongada resistencia del infeliz pueblo moro, exigió condiciones durísimas, que ella misma redactó en el tratado de su puño y letra.

Pidió en rehenes cuatrocientas personas de las familias más ilustres hasta que Granada abriese sus puertas, y las recibió y las fué contando una a una, mandando después con gesto airado que se retirasen y poniéndoles guardias de vista.

Como paliativo de aquel rigor señalaron los Reyes Católicos a Boabdil una renta de trescientos mil escudos de oro, para cuando entregase todas las fortalezas, y la libertad de pasar a África o de quedar en España con su familia y bienes; se concedió a los moros el libre ejercicio de su religión y la posesión de sus leyes, magistrados y costumbres; los que rehusasen quedar en España podían enajenar sus propiedades; los esclavos quedaban en libertad, sin rescate alguno, y todos los moros debían considerarse lo mismo que los castellanos.

Gonzalo de Córdoba fué el que entró en Granada y estipuló con el rey moro estas capitulaciones, llevándolas a los Reyes Católicos para que las firmaran.

Una noche, ya a hora bastante avanzada, se oyeron gritos en el campo y confusión de voces, aunque no de armas; la reina, que velaba acompañada de algunas personas de su intimidad, envió, para enterarse de lo que ocurría, a un paje, que volvió diciendo que los soldados habían hallado a un moro viejo en oración, y que era uno de los llamados *Santones* o tenidos en opinión de santos.

El rey estaba durmiendo, y aunque Isabel deseaba ver al moro, por un rasgo de su nativa y exquisita delicadeza ordenó que guardasen fuera al anciano hasta que el rey despertase y pudiese verle también.

Entretanto le condujeron a la tienda inmediata,

donde se hallaban a la sazón Doña Beatriz de Bobadilla y D. Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, acompañados de otras varias personas de la servidumbre de los reyes.

El moro, que no entendía el idioma, pensó, al ver la magnificencia y profusión de luces y tapices, que aquella era la tienda real y que D. Álvaro y la marquesa eran el rey y la reina; pidió un jarro de agua, que le presentó un soldado, y al levantar el brazo para tomarlo apartó el albornoz con disimulo, y tirando de un terciado, que llevaba oculto, dió a D. Álvaro tan tremenda cuchillada en la cabeza, que le hizo caer al suelo; revolvióse en seguida contra la marquesa, a la que asestó otra cuchillada, que no la hirió por habersele enredado el arma en una colgadura de la tienda, y antes de que pudiese repetir el golpe se arrojaron sobre él el tesorero real, D. Ruy López de Toledo, y Fray Juan de Valcázar, quienes le tuvieron sujeto hasta que llegaron los guardias y pusieron término a su vida.

Los soldados tomaron el cuerpo destrozado del santón y lo arrojaron a la ciudad; allí lo recogieron los moros, y después de lavado y perfumado, lo enterraron con grandes demostraciones de respeto.

De esta suerte, y de una manera providencial, escaparon de tan horrible atentado los Reyes Católicos, que estaban destinados a la muerte por el pueblo moro, entregado a la desesperación y decidido a tentar el último y supremo esfuerzo.